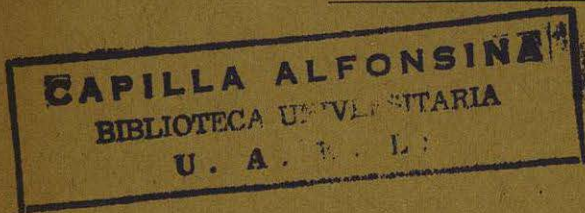




PA 6629
- A7
B45

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico, Campomanes, 4.



BELCEBÚ

Nada equivale al dominio sobre
las almas.

NAPOLEÓN.

I

A tal hora, y alumbrados por romántica luna, los vetustos edificios se ennoblecían. Sus cerradas puertas sugerían misterios; sus ventanas, inquietud. El arqueólogo recordaba genealogías, lamentaba sucesos, ausencias y decadencias.

—El palacio de San Julián... Lo han adquirido los Paulistas. El de Noaña... Este sí que tiene empaque... ¡Qué Atlante el que corona el ático, aguardando, según la tradición, á que pase una mujer de bien, para soltar la bola que agobia sus hombros! Ya es dueño del palacio

Carozo, que abrió almacén de mercería en los bajos. El caserón de Andianes... Veinte mil duros dió por él Sañete, el prestamista... Puso tiendas... ¡Si levantase la cabeza el que lo fundó, el orgulloso caballero portugués, emparentado con los Braganzas!...—Aguarde usted. Con la Inquisición hemos topado. En el día, Administración de Rentas Estancadas...

—Pues no le encuentro aire siniestro al edificio.

—Pch... No, en realidad; y registrando papelotes, tampoco parece esta Inquisición de las más temerosas. Al contrario: llama la atención el espíritu de benignidad de sus sentencias. Benignidad relativa, claro, como todo es relativo en este mundo. Los tribunales ordinarios aplicaban entonces los mismos procedimientos é igual penalidad que el Tribunal de la Fe: la tortura, la horca, la hoguera—y así sucedía en toda Europa—. Lo que sorprende, dada la leyenda, es que muchos de los reos que gimieron en esos calabozos—hoy sótanos, depósitos de tabaco—fueron reclamados por el Santo Tribunal á la justicia seglar, que los había condenado á muerte de fuego, y la Inquisición no sólo les salvó la vida, sino que los echó á la calle—previa, eso sí, la azotaina y la pública vergüenza—. En los procesos que he destripado, en todo el siglo XVII no encuentro aplicado una sola vez el brasero por esta Inquisición. Astrólogos y brujas cumplieron con azotes.

—¡Astrólogos y brujas?...—repetí.

—¡Bah! Gentuza aldeana; rameras de un

género especial, enamoradas de unos diablos fingidos; buhoneros portugueses que judaizaban y no comían torreznos... Supersticiones groseras... Ni aun existieron aquí de esas beatas alumbradas, tan curiosas como la célebre de Piedrahíta; no hubo de esos conventos de pose-sas... Únicamente...

—¿Qué?—pregunté ansiosa, olfateando drama.

—Úni-ca-mente...—repetí con énfasis—. Pero se trata de un estudio hecho por mí, sobre documentos que nadie conoce; un verdadero descubrimiento que creo haber realizado...

Comprendí que, como todo hombre obsesionado por una idea, el arqueólogo deseaba la confidencia, y como todo investigador erudito, la admiración hacia sus indagaciones—, y apreté.

—Va usted á ser la primera persona á quien confie... Porque hay mucha gente envidiosa, grajos que se vestirían de las plumas ajenas... Me robarían el fruto de mis vigili-as...

Me guardé de advertirle que lo que suele correr peligro de ser robado es el dinero y los jaramones, no las sabidurías—y ofrecí absoluta reserva.

—Mire usted bien—me dijo—esa fachada de la Inquisición, con su portón macizo, su arco de robustas dovelas; ese huerto que la rodea, y en el cual existió su cementerio. En él sepultaban secretamente á los que fallecían en las cárceles; ahí dormirán los restos del protagonista de mi relación, y ahí se enterró con él la solución de un enigma obscurísimo de la historia de España en el último tercio del siglo XVII... Y

ahora venga usted conmigo: contemplaremos la residencia donde se inició el drama.

Al través de callejas con soportales, costanillas y escalinatas, fuimos á parar frente á un palacio, el más solemne de todos los vendidos por sus arruinados ó antojadizos dueños. Es difícil decir en qué consiste el toque del señorío y la dignidad en los edificios; sin embargo, nadie ignora qué impresión de respeto causan ciertas piedras antiguas. Quizás el mismo deterioro del palacio, lo negruzco de su cantería, su aire de abandono, prestaban grandiosidad al amplio escusón, con dos sirenas por tenantes.

—Fíjese usted—indicó el arqueólogo—. La luna permite ver... Es el blasón de Mariño y Lobera; las sirenas recuerdan la aventura del caballero que amó á un monstruo marino de figura de mujer; las veneras y las ondas con tres peces, la del que vió venir por el mar la barca prodigiosa, de granito, del Apóstol, y se convirtió. La fábula y la leyenda se reúnen en tan ilustres apellidos. Un Lobera, virrey del Perú, construyó este palacio y legó á sus descendientes un caudal, reunido después de dos sucesiones en cabeza de doña Juana Mariño, unida en matrimonio á don Fernando de Aponte, Conde de Landoira. El palacio tenía sombrero jardín; actualmente lo han aprovechado para instalar una tintorería.

Bien contemplado el sugestivo edificio, nos retiramos á la fonda, y, en su salita, nos sentamos en sillones revestidos de antimacasares de crochet, el mobiliario más prosaico... El reloj

de la Catedral, con majestad infinita, dejó caer doce distantes campanadas en la transparencia de la noche, y por la abierta ventana entró, envuelto en blanca lumbre, el leve fantasma del pasado.

—Va usted á oír...—murmuró el arqueólogo—. ¡Ah!, el día en que yo me decida á publicar mi libro sobre el asunto... Tendré que editarlo en Madrid, y recurriré á la amistad de usted; aquí no me fio de las imprentas; á lo mejor, el catedrático Delgadillo, que siempre anda á la husma, se adelanta...

—¡La historia!—exigí, refrenando la divagación maniática del erudito—. Es tarde, y no quiero dormir antes de oirla. Es decir, usted tiene el deber de que, después de haberla oído, no pueda dormir tampoco.

II

—Para desvelar es el caso... Sepa que la historia empieza exactamente el 28 de Febrero de 1689, ó sea once años antes de finalizar aquel siglo en que España, la del sol nunca puesto, pareció hundirse en las tinieblas... El 12 del mismo mes, en Madrid, había fallecido, casi súbitamente, á los veintisiete años de edad, la Reina doña María Luisa de Orleans, primera

mujer de Carlos II, á quien llamaron después *el Hechizado*.

La pobre niña estaba casada, desde los dieciocho, con un esposo melancólico, último y único superviviente de los varones que dió á luz doña Mariana de Austria, y que, retoños de una cepa sin savia y jugo vital, se extinguieron á poco de nacer. Sobre la cabeza de la gentil francesita colocó el Monarca español corona cerrada de diamantes; rodeó su cuerpo con velludos bordados y cándidos armiños; ciñó su garganta con perlas gruesas como lagrimones de una gigante triste; la festejó con corridas de toros que picaron y rejonearon los grandes—los Camarasa, los Ribadavia, los Medina Sidonia—, y con un auto de fe espléndido, el postrer auto que vió la corte de las Españas. No obstante, desde su alto trono, la Reina se añoraba de Versalles, y siendo infecundo su vientre no tenía esperanzas de que un día la distrajesen las gracias de un infantito. Bajo sus ventanas, la serenata española, en vez de hipérbolos de adoración, repetía una redondilla conceptuosa, que encerraba una amenaza de divorcio:

«¡Parid, bella flor de lis:
en aflicción tan extraña,
si paris, paris á España;
si no paris... á París!»

Y la flor de lis se secaba de puro aburrimiento—cuando apareció en la corte un meteoro ruidoso y brillante: la célebre Condesa de Soissons, Princesa de Carignan...

—¡Olimpia Mancini! ¡La sobrina de Mazari-no!—repetí, empezando á vislumbrar un punto de luz rójiza entre las tinieblas del anunciado enigma histórico.

—La misma, la *negra* Olimpia... que no fué tan negra; que todavía, á los cincuenta años, conservaba mucho del perverso atractivo que estuvo á pique de hacerla Reina de Francia, y no había interrumpido sus galanterías—como que apenas llegada á Madrid, se murmuró de su intimidad con el Embajador de Alemania, Conde de Mansfeld—. Traía Olimpia en sus faldamentas de brocado, en sus encajes exquisitos, en sus lazos de rasolis, el aire embriagador de aquel Versalles donde se cortejaba, se bailaba, se conversaba ingeniosamente—y se moría de pronto, con muerte inexplicable—. Desde la llegada de la Soissons, la Reina de España no tuvo más afán que verla, hablar con ella de Francia, de la corte, de los que allí alegremente habían quedado, mientras ella pasaba el Pirineo, hacia sus nostálgicos destinos.—Carlos II se oponía. Bueno y débil, el Austria amaba á su esposa, y no ignoraba qué ardorosas ambiciones políticas y combinaciones europeas pendían de la existencia de María Luisa de Orleans. La francesa estorbaba en el trono, y el Rey temía que Olimpia, entre sus frascos y pomos de oro llenos de blanquete, colorete y esencias, trajese otros de las aguas letales que la había enseñado su padre á preparar... En París, con el cual soñaba María Luisa, una gavilla de envenenadores y sacrilegos era juzgada en aquellos días

por la Cámara ardiente, y la venida de Olimpia tenía trazas de fuga...

No lograron las razones del Rey convencer á la Reina. Por una escalera secreta de Palacio fué la Mancini diariamente introducida en la regia Cámara. Carlos II suplicó que, al menos, no probase su esposa manjar que no hubiese catado él, y ordenó que se pidiesen á Francia contravenenos. La joven Reina sonreía aturdidamente, y Carlos, desde la llegada de Olimpia, se mostraba más abatido, más flojo que nunca, más dominado por indefinibles terrores, quejándose de *algo* que no acertaba á explicar; desmayo de su virilidad, decadencia de sus energías...—Un día se esparció la fatal nueva: la Reina se moría, la Reina había muerto... La triaca pedida á Francia llegó veinticuatro horas después.

Susurró la gente; hubo en la opinión ese estremecimiento hondo que sigue á las tragedias. Sin embargo, como del monástico y austero Palacio real no salió un ruido ni una voz; como la Mancini se evaporó lo mismo que había venido, camino de Bruselas, sin que la persiguiesen—los vasallos de la Católica majestad enmudecieron también y se dedicaron á esperar que la Princesa alemana que había de sustituir en el trono de España á María Luisa no fuera también estéril, y naciese el ansiado heredero—. Sólo dos ó tres duendes cortesanos soltaron la especie que la justicia buscaba á los servidores de la Mancini, para aplicarles el tormento y descubrir una horrenda trama. O los servido-

res supieron ponerse en cobro, ó no encerraba verdad el sordo rumor.

III

Dos semanas después—cuando todavía en las iglesias españolas se elevaban preces por el alma de la tronchada flor de lis—llegó á esta metropolitana ciudad de Estela un hombre joven, de traza distinguida, con señales de haber caminado á pie largo tiempo. Algo de dejo extranjero tenía su habla, y sus modales eran corteses y reservados. Los zapatos á la francesa que calzaban su curvo pie, los revestía espeso polvo y se caían de viejos; su equipaje era menguado hatillo. Preguntó por la residencia de don Fernando de Aponte, Conde de Landoira, y le guiaron á ella. Solicitó el derrotado viajero ver al Conde, para quien traía, según dijo, una carta comendatoria, y admitido á la presencia del señor presentó la misiva, en la cual don Nicolás de Guzmán y Caraffa, Príncipe de Astigliano y servicial amigo de don Fernando, recomendaba eficazmente al portador—recomendado á su vez del Embajador alemán—, que deseaba seguir la carrera eclesiástica, y careciendo de dineros se prestaba á cualquier trabajo si le mantenían y le dejaban horas disponibles para el estudio. La

carta llevaba fecha del 2 de Febrero y, sin duda por descuido, no expresaba el nombre del portador, pero éste se apresuró á decirlo: llamábase «el caballero» Justino Rolando, natural de Nápoles, en Italia. El hecho de que un extranjero viniese á cursar Teología y Cánones en Estela no era extraordinario, y en las casas ilustres rara vez faltaba el sirviente-estudiante. Algunos de éstos llegaban con el tiempo á obispos. Don Fernando dispuso que se previniese cena y cama al forastero.

La familia del Conde de Landoira se componía de su esposa doña Juana Mariño y de dos hijos: don Enrique, de catorce años, y doña Columba, de doce á trece. No faltaban en el palacio dueñas y pajes, cocinero y marmitón, y un mayordomo; pero conviene advertir que el personal y el tren de la casa eran á la antigua española, sin refinamientos ni fausto, pues don Fernando pecaba de mezquino, con harta desazón de doña Juana, amiga de sacar los pies del plato y disfrutar de su riqueza. En aquellos tiempos, las mujeres y los hijos estaban sometidos á la autoridad conyugal y paternal, y ni la Condesa, á pesar de ser la hacienda suya, se atrevía á gastarla, ni á intervenir en la educación y futura suerte de sus hijos.

Había resuelto el Conde que don Enrique no tardaría en ser enviado á la Corte para ceñirse la espada, y doña Columba, al cumplir la edad de dieciséis años, se casaría con su primo el Marqués de Armariz—boda concertada casi desde el nacimiento de los novios.

Lisonjeó la avaricia del Conde de Landoira el encontrar en el forastero una persona de entendimiento sutil, conocimientos variados y letra clarísima que, sin sueldo, le sirviese de secretario, ayudándole á desenredar la madeja de varias cuestiones y litigios que le traían á mal traer. Desde el primer momento, Rolando se captó la confianza del señor. El resto de la familia no le miraba con tanta benevolencia, y aun puede decirse que al principio sentía indefinible prevención, que acabó por disiparse.

Las maneras políticas y la dulzura insinuante del italiano consiguieron quitar todo pretexto de hostilidad contra él. La superioridad de la educación se impone hasta á los que no la poseen, y la gente de escalera abajo también llegó á profesar involuntario respeto al estudiante. Rolando jamás tenía una exigencia, jamás se descomponía; trataba con igual consideración á las dueñas que á la Condesa; y en cualquier asunto, sin alardes vanidosos, demostraba saber y práctica del mundo. Sus movimientos eran cautelosos; dijérase que vivía sordamente; se deslizaba con felina suavidad y evitaba hasta el roce. Por otro lado, ni sombra de tacha en su conducta; cuando salía era á la Catedral, á rezar muy devoto, como quien ha de ser de iglesia; y aun las devociones las practicaba sin afectación, sin estruendo. Su mayor cuidado era no molestar á nadie y eclipsarse en lo posible. Tal género de modestia y tanta prudencia le ganaron las voluntades y le envolvieron en la penumbra discreta en que parecía aspirar á esconderse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

IV

Sólo una persona influyente en la casa siguió mostrando, y más cada día, violenta repulsión al «caballero». Esta persona, conocidísima y hasta popular en Estela, fué el Inquisidor y padre Visitador del convento de San Francisco, fray Diego de las Llagas. Para explicarse aquella relativa benignidad de la Inquisición de Estela, de la cual hemos hablado, es preciso saber que andaba manejada por fray Diego, hombre de sanas entrañas si los hubo, opuesto á toda crueldad inútil, y que disputaba á la justicia secular su presa, libertando de la hoguera á los que sólo habían pecado de ignorancia y obtusidad de entendimiento. Cuando no se piensa por papeletas rutinarias y se examinan de cerca los documentos históricos, aparecen bastantes inquisidores clementes—siempre dentro de su época y de su medio, que otra cosa fuera milagro—. No solamente fray Diego gustaba sacar de las uñas de los alguaciles á las ilusas y supersticiosas sin maldad, sino que ejercitaba la caridad con ardiente celo, y á él acudían pedigüeños y mendicantes de muchas leguas en contorno. Decían que su sayal «tenía virtud» y besaban con fe su grueso y lustroso rosario de huesos de aceituna del Olivete.

Por deberes de su cargo de Visitador de toda una provincia Seráfica, que ejercía con celo incansable, fray Diego se hallaba ausente de Estela cuando Rolando se cobijó en el palacio de Landoira. Una tarde—ya á fines de Mayo—presentóse impensadamente el fraile, á la hora del chocolate, en el saloncito donde solía sentarse don Fernando, á mirar al través de los vidrios el gentío que pasaba camino de la Catedral. Entrometiéndose amistosamente, preguntó el franciscano qué ocurría de nuevo, y le noticiaron la llegada del forastero, que ya en el convento se sabía, y que don Fernando refirió, ensalzando las cualidades del napolitano. Imperioso mohín de disgusto arrugó la faz morena y expresiva del fraile. ¡Maldita la gracia que le hacían los italianos á él; Italia era una tierra corrompida, y lo bueno que de allí viniese, en la frente se lo habían de clavar!

—Pues el santo Patriarca San Francisco de Asís, en Italia ha nacido—observó con alguna picardía don Fernando.

—¡Hace ya muchos siglos!—replicó el Inquisidor al aplastante argumento—. Y no ha vuelto á nacer otro por el estilo, que yo sepa... Hágame la merced el señor Conde de consentir que vea la cara de ese pájaro. Llámeme aquí, si lo ha por bien.

Compareció el «caballero» Rolando y, al cruzarse con la del fraile su mirada, la propia sacudida eléctrica, misteriosa, de antipatía total, retembló en los nervios de los dos. Impresión no razonada, que viene del fondo del instinto, y por

lo mismo es más fuerte, se afirmó en fray Diego al examinar, con su ojeada de confesor é inquisidor experto, el talle y cara del mozo. Sin embargo, éste, que representaba apenas veintitrés años, y contaba en realidad veintiocho, era guapo, apuesto y de buen porte. Vestía de paño negro, con sencillez severa, y su cabeza aristocrática se erguía sobre un cuello largo y nervudo. Su rostro, de perfilada y recta nariz, corto de barbilla, descolorido y bello, recordaba un poco la fisonomía triangular y enigmática de los gatos, y sus ojos aumentaban la semejanza, vastos y verdes, del verde líquido, agrisado é irisado, del agua de mar encharcada en las peñas. Sus manos llamaban la atención por lo pulidas y flexibles. Aunque adamado, sus piernas torneadas descubrían musculatura de acero. El franciscano, guiñando las pupilas, le consideraba, y discurría, con la angustia que produce el querer fijar un recuerdo y no lograrlo:

—¿Dónde he visto yo una faz, un gesto parecidos al de este bergante?

Apenas hubo salido Rolando, hizo explosión el fraile, vehemente como todo el que sufre la impulsión de la corazonada.

—¡Ni una hora le tendría yo en casa, ni disfrutaría un momento tranquilo si le tuviese! ¡Este —añadió, dándose una puñada al lado izquierdo, sobre la región cordial— no me engaña nunca!

Don Fernando lo echó á broma, pues gastaba muchas y muy sazonadas con el fraile, y gustaba de hacerle rabiarse un poco.

—¡Sea mejor pensado su paternidad! ¿Qué pecado ha cometido este galán, si puede saberse?

—¡Hum, hum!—replicaba el Inquisidor, no hallando respuesta categórica.

—El á estudiar, él siempre á vueltas con sus libretos. El no sale sino á la iglesia, al anocheecer. El no levanta la voz á nadie. El no tiene un vicio...

—¡Hum, hum!—insistió el franciscano—. ¡Peor, peor, peor! ¿Conque sin vicios? ¿Un santo *mocado*? Tomara yo que echase un traguillo, ó diese una vuelta á los naipes, ó anduviese tal cual día, como quien dice, á la flor del berro..., y no tanta santidad, no esa agua mansita....

—¡Fray Diego, qué está diciendo su paternidad!—exclamó el Conde, fingiéndose escandalizado.

—Dios sabe perfectamente lo que quiero decir, señor de Aponte... Y no se me santigüe, que no hay por qué, si no es por devoción... Barro es el hombre, y pecadores somos, y es de recelar que quien no peca como hombre, peque como diablo... Antes podría dudar de ese mozo; pero ahora al saber sus virtudes, juraría...

—¿Qué?—insistió el Conde.

—Ello dirá... Ya que no le ponga en la calle, que más valdría, ¡al menos, abra el ojo! Sería la primera vez que fray Diego de las Llagas no conociese á un cojo en el andar...

V

Un mes después de esta plática trasladóse la familia al solariego Pazo de Landoira, muy predilecto de don Fernando, quien, entre otras puerilidades, tenía la de preferir los bienes y casas que constituían su propia menguada hacienda, á los muchos que le venían por parte de su mujer. Landoira, realmente, justificaba la preferencia de su señor; situado el palacio á la margen del río Ulla, en la comarca más pintoresca que es dable soñar, era una residencia veraniega y otoñal que competía con las tan ponderadas de Liñares, Ribadulla y Oca; y, á pesar de su habitual tacañería, el Conde había gastado no poco en hermosearla, en hacerla amena y productiva, acreciendo sus diestros con adquisiciones afortunadas y alhajando sus salones con más lujo que los de Estela. Invitó el Conde á fray Diego á que pasase con ellos en el campo un par de semanas de descanso y reposición de la salud; el Inquisidor aceptó, y el par de semanas se convirtió en un largo mes, durante el cual su sagacidad se ejerció en tratar de descubrir algo sospechoso ó censurable en los proceder del italiano, por quien seguía sintiendo una repulsión instintiva, ardiente é invencible. Fué, no obstante, inútil su cuidado; Rolando

no hacía nada que pudiese ser objeto de censura, antes al contrario, afable y cortés para todos, diligente y utilísimo para el Conde, apto para la labor de secretaría, aplicado y callado, era difícil regatearle los elogios que le prodigaba don Fernando con cierta maligna satisfacción de haber acertado y de alardear de independencia y perspicacia ante el Inquisidor.

Callábase éste, sin renunciar á vivir alerta; pero había algo que le preocupaba especialmente en casa de Landoira, y era doña Columba, la hija de los Condes. Conviene saber que fray Diego adoraba en ella; era su confesor, y conocía las maravillas de su alma, amasada con nieve y fuego, y las gracias de su espíritu, tempranamente adornado con perfecciones propias de los serafines. Aproximábase Columba á los catorce años, y parecía trasunto de una de esas vírgenes-niñas, de frente espaciosa, cándidos ojos y formas indecisas, asexuales, que se ven en las tablas de los primitivos, arrodilladas, esperando al ángel, ante un reclinatorio, donde en búcaro ligero se yergue tersa vara de azucenas. Para que se comprenda bien el sentimiento que á fray Diego de las Llagas inspiraba doña Columba, debe decirse que era un cariño protector, unido á una especie de alarma medrosa. Hay purezas que asustan, como asusta lo excesivo, lo que es más que humano; y el Inquisidor, hombre en el mejor sentido de la palabra, temía en la hija del Conde de Landoira las enfermizas exaltaciones, como se teme que ha de romperse, aun sin tocarle, el cristal fragilísimo

que se enciende con los colores del cielo. Los temores, los presentimientos, mejor dicho, de fray Diego, parecían empezar á tener fundamento aquel año, en aquella grata temporada veraniega, en que las uvas que dan el vino dorado y perfumado maduraban en los hojosos parrales, y los mirtos en flor, en el condal jardín, atraían á las aterciopeladas mariposas y á las abejas borrachas de miel, con una alegría pagana, enteramente opuesta al misticismo que invadía el espíritu milagrosamente precoz de la doncella.

Se enteró con pena y aprensión fray Diego de que Columba hacía rigurosas penitencias y se pasaba horas enteras con los brazos en cruz en la capilla, donde se guardaba la imagen de cera de su patrona, la mártir Santa Comba, suntuosamente ataviada y con la garganta sangrienta, degollada casi. Las dueñas hablaban de cilicios y disciplinas, secretamente usados por la niña; de haberla hallado en su cuarto arrebatada en éxtasis. Sin saber por qué, á no ser que fuese por algún aviso de «aquél», que jamás le engañaba, el fraile relacionó dos hechos sin conexión aparente, pero que á la vez le dolían: la exaltación de la niña y la presencia del italiano. Fijóse en ambos cuando los veía juntos, y creyó advertir que Columba, más bien que sentir atracción hacia Rolando, se encogía y se estremecía en su presencia. En el confesionario pudo cerciorarse, pues Columba declaró que Rolando y los ojos de Rolando producían en ella una impresión de azoramiento inexplicable, una

especie de pena punzadora, y la hacían sufrir hasta en sueños.

—Relucen de noche como los de los gatos —añadía la niña bajando la voz y como invadida por extraño escalofrío.

Alarmado vagamente, antes de despedirse de los Condes de Landoira, fray Diego celebró con ellos una conferencia detenida, y de tal manera supo pintarles los riesgos que corre una tierna jovencita en el mundo mientras no la ampara un esposo, que logró la promesa de que doña Columba pasaría en el convento de la Santa Enseñanza los peligrosos años que separan á la niñez de la adolescencia, y sólo saldría para unirse á su prometido. Raro parecerá que para curar la crisis del naciente misticismo de Columba discurriese el Inquisidor enviarla á un convento; pero ha de advertirse que no era la Santa Enseñanza un monasterio de contemplativas y exaltadas, propensas á la iluminación, como el de Belvista, sino una especie de colegio de señoritas, animado y bullicioso, donde Columba encontraría amigas de su edad, y donde las monjas pensaban, ante todo, en enseñar labores y música, y en preparar mermelada de membrillo, dulce industria que ayudaba al sostenimiento de la Comunidad. La elección de la Santa Enseñanza como asilo provisional de Columba probaba la sagacidad de fray Diego; y éste respiró, al dejarla aislada entre aquellas paredes, lejos del sospechoso Rolando y con elementos de distracción y hasta de inocente alegría.

VI

El mismo invierno en que Columba entró en la Santa Enseñanza, su hermano don Enrique fué enviado á la Corte, bajo la protección del Príncipe de Astigliano, á seguir la carrera de las armas, única digna de la estirpe de Aponte Mariño. Los Condes de Landoira quedaron solos.

Dos ó tres años después de la partida del mayorazgo y la reclusión de la hija, empezó á advertirse transformación gradual en las costumbres y en el tren de la casa, que, por decirlo así, giró en sentido opuesto al antiguo. El mando y dirección, ejercidos hasta entonces por el jefe de la familia, fueron pasando de un modo insensible á manos de la esposa doña Juana, cuyos gustos y aficiones visiblemente prevalecieron; y no sólo se aumentaron el gasto y el boato, sino que la Condesa de Landoira, antes vestida con la rica sencillez que conviene á una matrona y á una mujer de su casa, apareció, no sin sorpresa de la gente, compuesta, emperifollada y retocada como una coqueta de la Corte de Luis XIV, poniendo en Estela las modas francesas y viviendo pendiente del espejo y del tocador, encendido su grave otoño por una llamada de ardor placentero y frívolo. Era su

consejero y director de vanidades—¿quién lo pensara?—Justino, convertido de obscuro estudiantillo en abate refinado y almizclado, maestro en las artes de la molicie y del lujo. Poseía el caballero secretos—aprendidos, según decía, de un alumno del célebre perfumista Renato, brazo derecho de Catalina de Médicis—no sólo para adobar pieles, guantes, postizos y unturas, sino para defender y conservar la belleza madura y hacerla más provocativa y tentadora. En los desvanes del Pazo de Landoira había instalado una especie de laboratorio químico, y allí componía y destilaba menjerges, drogas y cosméticos, blandurillas, potingues y tintes variados, merced á los cuales una frescura trasañeja y una turgencia de formas remozadas remanecieron en doña Juana, con esplendor de ocaso inflamado de cálidos tonos. Los servidores de la casa notaron con asombro y hasta con risa, disimulada por el trampantojo del respeto, que el Conde, tan honesto marido siempre, parecía ahora, á veces, trasnochado galán de su mujer—al paso que los cordones de su apretada bolsa iban aflojándose sin protesta, pagando galas, joyas, muebles y regalos de la mesa, nunca en el palacio de Landoira conocidos. Las relaciones y amistades de los Condes; la aristocracia entonada y timorata de Estela; los Torés, los Lanzós, los Resende, los Pardo, los Lage—, principiaron á murmurar sin tasa de tanta novedad y tanto derroche, y, sobre todo, de las composturas y descomposturas de doña Juana, de sus profanos escotes, de sus